

vestido que le envolvía desde la cabeza hasta los pies, y entró en el patio dando vueltas sobre él mismo con la agilidad de la serpiente. Era un volatinero sentenciado por robo. Fué recibido, como dije, con nutridos aplausos y con gritos salvajes. Los galeotes respondían, y angustiaba el corazón el ver ese cambio de alegrías entre los presidiarios con título y los aspirantes al presidio. En vano estaba allí la sociedad representada por los carceleros y los amedrentados curiosos; el crimen se burlaba de ella y convertía aquel castigo horrible en festividad de familia.

A medida que los forzados llegaban, se les conducía por entre dos líneas de soldados al patio de las rejas, en el que les esperaba la visita de los médicos. Allí hacían todos el último esfuerzo para evitar el viaje, alegando como excusa padecer alguna enfermedad, como tener los ojos malos, la pierna coja ó la mano mutilada; pero casi siempre se les encontraba hábiles para ir á las galeras, y se resignaban, muchos de ellos con indiferencia y olvidando al instante su fingida enfermedad.

Terminada la visita se abrió la reja del patio pequeño y un cabo pasó lista por orden alfabético. Salieron uno á uno los forzados y fueron á alinearse á un rincón del otro patio, juntándose con el compañero que le deparaba la casualidad de su letra inicial. Así cada hombre lleva su cadena, pero al lado de un desconocido, porque si el forzado tiene algún amigo, la cadena lo separa de él, y esta es la última de sus miserias.

Cuando se reunieron treinta galeotes se volvió á cerrar la reja y el cabo los alineó con su bastón, arrojando delante de cada uno de ellos una camisa, una chaqueta, un pantalon de lienzo crudo, y haciendo despues una señal, empezaron todos á desnudarse. Un incidente inesperado vino á propósito para cambiar esta humillacion en tortura.

Hasta entonces el tiempo estaba bastante sereno, y si la brisa de Octubre enfriaba el aire, también rasgaba de vez en cuando las nebulosidades blanquecinas del cielo, dejando paso á los rayos del sol; pero apenas los presidiarios se quitaron los andrajos, en el instante en que aparecían de pié y desnudos á la vista de los guardias y á la curiosidad de ellos para verles las espaldas, el cielo se oscureció de repente y empezó á caer un aguacero de otoño, descargando á tor-

rentes en el patio, sobre las cabezas descubiertas y sobre los miembros desnudos de los galeotes y sobre los miserables vestidos que estaban en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos el patio quedó despejado de curiosos y no quedaron en él más que los presidiarios y los guardias; los demás se fueron á refugiarse bajo las concavidades de los portales.

El aguacero aumentaba y ya únicamente se veían en el patio los forzados desnudos y destilando agua sobre las losas mojadas. Sombrío silencio sucedió á sus ruidosas bravatas; estaban arrecidos de frío, dando diente con diente: sus piernas extenuadas, sus rodillas nudosas se entrechocaban, y daba compasión ver que cubrían sus miembros amoratados con camisas empapadas de agua, con chaquetas y pantalones mojados y goteando; hubieran preferido permanecer desnudos.

Solo un presidiario viejo conservó la alegría en medio de la tristeza general, y dijo, haciendo gestos para enjugarse el cuerpo con la camisa mojada, que *esto no estaba en el programa*; despues se echó á reír y amenazó al cielo, levantando el puño.

Vestidos ya todos de viaje, se les condujo en partidas de veinte ó treinta al otro lado del patio, á donde les esperaban los *cordones* tendidos por el suelo. Se llaman cordones largas y fuertes cadenas, anudadas transversalmente, de dos en dos pies, con otras cadenas más cortas, á la extremidad de las cuales hay suspendida una argolla ó collar de hierro, que se abre por un lado con un gozne y se cierra por el otro con un pasador, remachándole despues que está el collar en el cuello del galeote, que lo lleva todo el camino. Estos cordones, cuando están extendidos por el suelo, se parecen bastante á la espina dorsal de un pez.

Hicieron sentar á los presidiarios en el barro de las inundadas losas para probarles los collares; despues dos herretales, se los remacharon á hierro frío, dando grandes martillazos; este momento terrible hace palidecer á los más serenos; cada golpe de martillo que cae sobre el yunque, apoyado en la espalda, hace estremecer la barba del paciente, y el menor movimiento que con la cabeza hiciese hácia atrás, el macho de hierro le partiría el cráneo como la cáscara de una nuez.

Despues de esta operacion los galeotes quedaron sombríos, y no se oía ya

más que el resonar de las cadenas, y de vez en cuando un grito y el sordo ruido del bastón de los soldados que caía sobre los miembros de los recalitrantes; algunos lloraron; los viejos temblaban y se mordían los labios, y yo veía con terror aquellos perfiles siniestros saliendo de los formidables collares de hierro.

A la visita de los médicos sucedió la de los carceleros, y á ésta el remache de los collares. Tres actos del espectáculo.

En esto apareció un rayo de sol, que pareció reanimar todos los cerebros, y los forzados se levantaron todos á la vez como impulsados por un movimiento convulsivo. Los cinco cordones se dieron las manos y formaron con rapidez un círculo inmenso alrededor del pilar de hierro donde el farol se cuelga, dando tales vueltas que fatigaban la vista; cantaban una canción de presidio, un romance en caló sobre un aire ya plañidero, ya furioso, ó ya alegre; lanzaban á intervalos gritos desentonados y desgarradoras carcajadas, mezclándolos con misteriosas palabras y con aclamaciones furibundas, y las cadenas que se entrechocaban cadenciosamente servían de orquesta á aquellas voces, más roncadas que su mismo rechinar.

Al poco rato entraron en el patio una caldera grande, y los soldados hicieron terminar la danza de los galeotes á palos, llevándoles cerca de la caldera para que comieran de los yerbajos que nadaban dentro de un líquido sucio y humeante. Despues de comer echaron al suelo las sobras de la sopa y del pan de municion y continuaron el baile y el canto. Parece que se les deja gozar de ese desahogo el día que los hierran y la noche siguiente.

Observaba yo este espectáculo extraño con curiosidad tan ávida, que me había olvidado de mí mismo. Se apoderó de mí profundo sentimiento de compasión, y sus risas me hacían derramar lágrimas. De repente, al través de mi absoluta distracción, ví que se paraba de pronto y que callaba la ronda aulladora y tumultuosa del círculo y que todos los ojos de los galeotes se volvieron hácia mí, fijándose en la reja que yo ocupaba.

—El reo de muerte! el reo de muerte!

gritaron todos señalándome con el dedo. Y volvieron á sonar la algazara y las explosiones ruidosas.

Quedé petrificado.

Ignoraba que me conociesen, y no sabía cómo me habían reconocido.

—Buenos días! buenos días! me decían

con risa mofadora, y uno de los más jóvenes, condenado á prision perpétua, de rostro luciente y aplomado, me dijo mirándome con envidia:—Él es dichoso! Pronto se casará con la *viuda*! ¡Adios, camarada!

Imposible me sería describir lo que pasó en mi interior; en efecto, yo era su camarada. La Grève es hermana de Tolon, y caso de duda, yo había descendido más que ellos; todavía me honraban llamándome camarada. Tuve escalofríos. Era su camarada, y algunos días más tarde yo les hubiera servido de espectáculo á mi vez.

Permanecí en la ventana inmóvil, yerto, paralizado; pero cuando ví los cinco cordones formados avanzar hácia mí, diciéndome palabras de cordialidad infernal; cuando oí el estruendo tumultuoso de sus cadenas y pasos y clamores debajo, al pié ya de mi reja, creí que una nube de demonios iba á escalar mi miserable celda; lancé un grito y me arrojé contra la puerta con bastante violencia para romperla, pero no para huir, porque los cerrojos estaban pasados por fuera. En vano golpeé y llamé rabioso al carcelero. Creí luego oír más cerca las espantosas voces de los forzados, me pareció que veía aparecer sus horribles cabezas al borde de la ventana; lancé otro grito de espanto y caí al suelo desmayado.

#### × XIV. ×

Cuando recobré el sentido ya era de noche: me encontré acostado en una mala cama; un farol colgado del techo me hizo ver otras camas alineadas á los lados de la mía. Comprendí entonces que me habían trasladado á la enfermería.

Permanecí despierto algunos instantes sin pensar y sin tener recuerdos, entregado enteramente á la dicha de estar acostado en una cama. En otros tiempos seguramente que esta cama del hospital de la prision me hubiera hecho volver atrás de disgusto y de asco, pero yo no era ya el mismo hombre; las sábanas eran gruesas y negras, el cubrecama estaba agujereado y carcomido, la paja se salía del colchon; pero ¿qué me importaba todo esto? Al fin podían mis miembros extenderse á sus anchuras entre aquellos lienzos gruesos, y debajo de aquel delgado cubrecama desaparecía poco á poco el frío horrible de los tuétanos que yo sentía por las noches; así es que con gran facilidad concilié el sueño.

Amanecía apenas, cuando me desper-

tó un ruido que sonaba por la parte exterior del edificio, y como la cama estaba situada al lado de la ventana, se veía el patio grande de Bicetre, que estaba lleno de gente: dos líneas de veteranos conseguían con gran trabajo mantener libre, en el centro que ocupaba la muchedumbre, un estrecho camino que atravesaba el patio. Entre doble fila de soldados caminaban lentamente cinco grandes carros cargados de hombres, traqueteando á cada paso; conducían á los forzados que se marchaban.

Iban los carros descubiertos y cada cordón llenaba uno de ellos: los forzados iban sentados de lado sobre los bordes, de espaldas unos á los otros, separados por la cadena común, que se extendía á lo largo del carro, y sobre cuya extremidad ponía el pié un vigilante que llevaba el fusil cargado. El movimiento hacia crugir los hierros y cada vaiven del vehículo sacudía las cabezas de aquellos desgraciados y balanceaba de un lado á otro las piernas, que llevaban colgando. Lluvia fina y penetrante helaba el aire y les pegaba á las rodillas los pantalones de lienzo grises, que se habían vuelto negros; goteábanles las barbas largas y los cabellos cortos; tenían los rostros amarillados; temblaban y chocaban los dientes de frío y de rabia. No les era posible ya hacer ningún movimiento, porque después de estar remachados á la cadena, el hombre ya no es más que una fracción del repugnante todo que se llama cordón y que se mueve como un solo individuo. Debe allí abdicar la inteligencia, condenada á muerte por el collar del presidio, y en cuanto al sér racional, no le es permitido tener desde entonces en adelante necesidades ni apetitos á otras horas que á las que el reglamento fija de antemano. Así inmóviles, la mayor parte medio desnudos, con las cabezas descubiertas y los piés colgando, empiezan el viaje de veinticinco días, cargados dentro de los carros y vestidos con los mismos trajes durante el sol vertical de Julio que durante las lluvias frías de Noviembre.

Se entabló entre los presidiarios y el gentío no sé cómo un odioso diálogo; se oían injurias de una parte, bravatas de otra é imprecaciones de ambas; pero á una señal del capitán, ví llover los bastonazos sobre los galeotes indistintamente y al acaso sobre cabezas y espaldas, y todo entró en esa especie de calma externa que se llama *orden*; pero los ojos de los presidiarios lanzaban miradas ven-

gativas y los puños se les crispaban sobre las rodillas.

Los cinco carros, escoltados por gendarmes á caballo y por soldados á pié, salieron uno tras otro por el alto portal de Bicetre; un sexto carro les siguió; en éste se tambaleaban, mezcladas, ollas, vasijas de cobre y cadenas de retén para el camino. Después se fué aclarando el gentío, desvaneciéndose aquel espectáculo como una fantasmagoría. También poco á poco dejó de oírse el ruido que las ruedas y las herraduras de los caballos hacían por el camino empedrado de Fontainebleau, el chasquido de los látigos, el rechinar de las cadenas y los alaridos del populacho, que deseaba un mal viaje á los galeotes.

Esto, pues, solo era para ellos el principio.

¿Y eso es lo que deseaba conseguir para mí el abogado? ¡Ah, mil veces antes la muerte! ¡Antes el patíbulo que la cadena perpétua! ¡Antes la nada que el infierno! ¡Antes entregar la cabeza á la cuchilla de Guillotin que el cuello al collar del forzado!

## XV.

Desgraciadamente no estaba enfermo y al día siguiente tuve que salir de la enfermería y volver al calabozo. No estoy enfermo, porque soy jóven, fuerte, y estoy sano; la sangre circula con libertad por mis venas, los miembros obedecen á mis caprichos, soy robusto de cuerpo y de espíritu, y estoy constituido para resistir una vida larga; esto es cierto y, sin embargo, tengo una enfermedad mortal, causada por la mano de los hombres.

Desde que salí de la enfermería me atormenta una idea cruel, capaz de volverme loco, y es la de que hubiera podido escaparme si lo hubiera intentado, porque los médicos y las hermanas de la Caridad parecían que se interesaban mucho por mí. ¡Morir tan jóven y de semejante muerte! decían compadeciéndome y agrupándose alrededor de mi cabeza. Quién sabe! Acaso eso solo sería curiosidad; además, esos médicos curarán una calentura, pero no una sentencia de muerte, y, sin embargo, ¡les hubiera sido tan fácil! Con dejar una puerta abierta... ¿Qué hubieran perdido obrando así?

Ahora ya no tengo remedio! Desecharán mi apelación, porque todo estaba en regla; los testigos declararon bien, los

abogados llenaron su deber, los jueces sentenciaron con arreglo á las leyes. No abrigo ninguna esperanza, á no ser que... no... locura! ¡no debo tener esperanza! La apelación es una cuerda que tiene al hombre suspendido sobre el abismo y que cruje sin cesar hasta que se rompe; es como si la cuchilla de la guillotina tardase seis semanas en caer.

Si me indultaran!... y quién? por qué? y cómo?... Es imposible que alcance el perdón; debo servir de ejemplo, como dicen ellos.

No me quedan más que tres pasos que dar: Bicetre, la Conserjería y la Grève.

## XVI.

Durante el poco tiempo que pasé en la enfermería estuve sentado cerca de una ventana, recibiendo el sol que permitían dejar llegar hasta allí las espesas barras de hierro de la reja.

Estaba allí con la frente reclinada en las palmas de las manos, los codos sobre las rodillas y los piés en los palos de las sillas, porque conseguía el abatimiento que yo me doblegase y encorvara por todas partes, como si no tuviese ya huesos en los miembros ni músculos en la carne.

El olor sofocado de la prisión me incomodaba más que de ordinario; me sonaban aun en el oído las cadenas de los galeotes y me sentía cansado de estar en Bicetre. Me parecía que Dios debía tener piedad de mí y enviarme, á lo menos, una avecilla que me consolase, cantando frente á mí en el alero de algún tejado. No sé si fué Dios ó el demonio el que me oyó; pero casi en el momento de ocurrírseme esa idea oí resonar cerca de la ventana una voz, no de pájaro, sino mucho mejor, la voz pura y fresca de una jóven de quince abriles. Levanté la cabeza de repente y escuché con ansia la canción que entonaba; la música del cantar era lenta y lánguida, un arrullo triste, melancólico; hé aquí la letra:

En la calle de la Malla  
con la ronda tropecé;  
tulé.

Por el troncho me trincaron;  
tulé, tultureque,  
al calabozo con él!

Tulé, tultureque, túlé.

No puedo expresar el desengaño amargo que me produjeron esas inesperadas palabras, esperando como esperaba otra cosa de la música. La voz continuó:

Al calabozo con él!  
tulé.

Pusiéronme las sortijas;  
el soplon llegó despues;  
tulé.

Un jaque de muchas manos,  
tulé, tultureque,  
por el camino encontré.  
Tulé, tultureque, túlé.

Por el camino encontré,  
tulé.

Corre, ve y dí á mi costilla  
que aquí voy como me ves;  
tulé.

Y ella, encendida de rabia,  
tulé, tultureque.

“Dime, qué has hecho, Manuel?,”  
Tulé, tultureque, túlé.

“Dime, qué has hecho, Manuel?,”  
tulé.

Le quité el resuello á un hombre  
y le eché el guante al parné,  
tulé.

Al parné y á los relojes,  
tulé, tultureque,  
y á las hebillas también.

Tulé, tultureque, túlé.

Y á las hebillas también,  
tulé.

Se najó Paca al palacio,  
á besarle al rey los piés;  
tulé,

y un memorial á meterle,  
tulé, tultureque,  
pidiendo me haga merced.

Tulé, tultureque, túlé.

Pidiendo me haga merced,  
tulé.

Si yo salgo de esta cárcel,  
Paca mia, has de tener,  
tulé,

toca de felpa con blondas,  
tulé, tultureque,  
flecros anchos de cairel.

Tulé, tultureque, túlé.

Flecros anchos de cairel,  
tulé.

Mas dice el rey enojado:  
“Por mi corona, he de ver,  
tulé,

bailar sin suelo á ese tuno,  
tulé, tultureque,

el fandango y minué.,,

Tulurú, tultureque, tulturé. (1).

Ni canto más la voz ni yo hubiera seguido escuchándola. El sentido medio comprendido y medio velado de esta horrible queja, la lucha del bandido con el pasajero, el ladrón que él encuentra y que envía á su mujer este espantoso mensaje: "He asesinado á un hombre y me han detenido,," esa mujer que corre con el memorial á palacio, la majestad que se indigna y quiere hacer bailar un fandango al criminal sin tocar el suelo, todo esto, cantado con una música dulce y con voz más dulce todavía, me dejó estupefacto, disgustado y fuera de mí; me hizo un efecto horrible oír que esas palabrotas monstruosas salían de una boca fresca y pura, como las huellas de una babosa sobre las hojas de un capullo.

No puedo describir la sensación que me causó; me sentía herido y acariciado á la par. ¡La jerigonza de la caverna y del presidio, ese lenguaje sangriento y grotesco, el repugnante caló, casado con la voz de una tierna joven, que es la graciosa transición de la voz infantil á la voz de mujer! ¡Aquellas palabras contrahechas y vergonzosas, cantadas con acentos tan suaves y armoniosos!...

La cárcel es un lugar infame: circula por ella un veneno que todo lo ensucia, todo se marchita en ella, hasta la canción de una joven de quince años. Si encontráis en ella un pájaro, lleva barro en las alas; cogéis en ella una hermosa flor; pues bien, la flor hiede.

## XVII.

¡Ay, si pudiera escaparme, ¡cómo correría por los campos!... No, que si corriera llamaría la atención y despertaría sospechas; al contrario, iría despacio, con la cabeza levantada y cantando. Trataré de proporcionarme algún camison azul con dibujos rojos; esto disfraza bien, y todos los jardineros de las cercanías los llevan.

Conozco cerca de Arcueil un bosque junto á una laguna, á donde iba yo cuando era colegial todos los jueves con mis compañeros á pescar ranas; allí podré ocultarme hasta que sea de noche. Cuando reinara la oscuridad emprendería el camino hácia Vincennes. No, me lo impediría el río que atraviesa por allí.

(1) Esta canción, escrita en caló, es de D. José García de Villalta, y está inserta en su traducción española *El último día de un reo de muerte*, publicada en 1834.

Iria, pues, á Arpajon. Mejor sería ir por la parte de San German, hasta el Havre, y allí embarcarme para Inglaterra. Supongamos que llego á Longjumeau y pasa un gendarme y me pide el pasaporte... entonces soy perdido!..

¡Infeliz visionario, rompe antes la pared de tres pies de espesor que te aprisiona! Solo te aguarda la muerte.

¡Recuerdo que cuando yo era muchacho venia alguna vez á Bicetre á ver la cisterna y á los locos!

## XVIII.

Mientras yo escribía lo antecedente palidecía la luz de la lámpara, empezó á amanecer y dieron las seis en el reloj de la iglesia.

Qué significa esto? El carcelero de guardia acaba de entrar en mi calabozo; se ha quitado la gorra, me saluda, se excusa de molestarme y me pregunta, dulcificando cuanto puede su ruda voz, qué es lo que quiero almorzar.

He sentido escalofríos. ¿Será hoy el día destinado?...

## XIX.

No hay duda; hoy es. Hasta el mismo alcaide vino á visitarme, preguntándome en qué podía serme agradable ó útil. Me ha dicho que deseaba que yo no tuviese queja alguna ni de él ni de sus subordinados; se informó con interés de cómo pasó la noche y de mi salud, y al despedirse me ha llamado *caballero*. Sin duda es hoy!...

## XX.

No cree el carcelero que yo pueda alegar queja alguna ni de él ni de sus súbditos, y tiene razón. Haría mal en quejarme porque cumplen con su obligación; me vigilan bien, me guardaron consideraciones cuando llegué y son atentos conmigo cuando voy á partir. ¿No debo estar satisfecho de ellos?

Este buen alcaide, con su sonrisa benigna, sus palabras cariñosas, con sus ojos que lisonjean y espían y con sus formidables manos, es la encarnación de la misma cárcel, es Bicetre hecho hombre. Todo es prisión alrededor mio; hallo la prisión bajo todas las formas, en la forma humana y en la de las rejas y cerros. Esta pared es la cárcel de piedra, esta puerta es la prisión de madera y los carceleros la cárcel de carne y huesos.

La prisión es una especie de sér horrible, indivisible y completo, mitad casa y mitad hombre; yo soy su presa y me cubre y me enlaza en todos sus pliegues; me encierra dentro de sus paredes de granito, me guarda bajo sus candados y me vigila con sus ojos de alcaide.

Ay, desdichado! Qué vá á ser de mí? Qué van á hacer conmigo?

## XXI.

Ahora ya me encuentro tranquilo: todo acabó para mí. Salí ya de la horrible ansiedad en que me dejó la visita del alcaide. Porque, lo confieso, aun abrigaba alguna esperanza; ahora, á Dios gracias, ya nada espero.

Hé aquí lo que acaba de sucederme: en el momento de dar las seis y media se abrió la puerta de mi calabozo y entró en él un anciano de cabeza cana, que vestía levita oscura, debajo de la que percibí la sotana. Era un sacerdote.

Como este eclesiástico no era el capellán del presidio, su entrada me pareció de mal agüero.

Sentóse frente á mí, y con sonrisa benigna, moviendo la cabeza y levantando los ojos al cielo, esto es, á la bóveda del calabozo, me dijo:

—Hijo mio, estais preparado?

Yo respondí con voz débil:

—No estoy preparado, pero me prepararé.

No obstante esta respuesta, se me turbó la vista, bañó sudor frío todos mis miembros, se hincharon mis sienes y me zumbaron los oídos.

Mientras que como adormecido vacilaba en la silla, el buen anciano habló, ó á lo menos lo creí, pues parece que recuerde haberle visto mover los labios y las manos y relucir los ojos.

La puerta del calabozo se abrió otra vez y el chirrido de los cerros nos arrancó á mí del estupor y á él de su discurso. Se presentó en el calabozo, acompañado del alcaide, un hombre vestido de negro y me saludó ceremoniosamente. Llevaba un legajo de papeles en la mano y aparecía en su semblante el sello de la tristeza oficial de los empleados en las pompas fúnebres.

—Caballero, me dijo sonriendo con cortesía, soy el escribano de Cámara del Tribunal Supremo de Paris, y vengo á traeros un mensaje de parte del señor procurador general.

Pasada ya la primera emoción, reco-

bré la presencia de ánimo y le respondí:

—¿Conque es el señor procurador general quien os envía? Me proporciona gran honor su mensaje y espero que mi muerte le cause gran satisfacción, pues no debo creer que le sea indiferente, viéndolo que la pide con tanta urgencia.

Después añadió con voz entera:

—Leed, caballero.

El escribano se puso á leer un interminable texto, cantando al fin de cada renglón y vacilando en medio de cada palabra; todo esto para denegar mi apelación.

—La sentencia se ejecutará hoy en la plaza de la Grève, añadió cuando terminó la lectura, sin levantar los ojos del papel sellado. A las siete y media en punto iremos á la Conserjería. ¿Tendréis la bondad de acompañarme?

Hacia algunos minutos que yo ya no le oía. El alcaide conversaba con el sacerdote, él miraba al papel sellado, yo la puerta que quedó entreabierta... pero habia cuatro soldados en el corredor.

El escribano repitió la pregunta, mirándome esta vez.

—Cuando queráis, le respondí.

Al marcharse me saludó, diciéndome:

—Vendré á buscaros dentro de media hora.

Todos salieron. Volví á quedar solo en mi calabozo.

¡Dios mio, si encontrase un medio cualquiera de fugarme! ¡Es necesario huir! y huir al momento! ¡Por las puertas, por las ventanas, por el maderaje del techo, aunque deba dejar la carne despedazada entre las vigas!

Oh rabia! oh infierno y desesperación! Meses enteros no bastarían á romper con buenos instrumentos estas murallas de piedra, ¡y yo no poseo ni un clavo, ni siquiera una hora!

## XXII.

En la Conserjería.

Héme aquí *transferido*, como dice el proceso verbal; pero el viaje merece contarse.

Daban las siete y media cuando el escribano se presentó otra vez en mi calabozo.—Os espero; cuando queráis. Pero no estaba solo, sino con otros.

Me levanté, di el primer paso y creí que no podía dar el segundo; ¡tan pesada tenia la cabeza y tan débiles las piernas! A pesar de eso me repuse y pude continuar la marcha con bastante firmeza. Antes de salir del calabozo le eché

una ojeada por última vez, pues ya le había cobrado cariño; después le dejé vacío y abierto, lo que dá aire singular al calabozo.

Pero no lo estará mucho tiempo. Esta tarde dicen los llaveros que esperan á un reo, que el tribunal estará sentenciando á estas horas.

Al salir al corredor se unió á nosotros el capellan de la cárcel, que venia de tomar el desayuno, y antes de salir de la prision, el alcaide me estrechó la mano afectuosamente, reforzando al mismo tiempo mi escolta con cuatro soldados.

Al pasar por la puerta de la enfermería me saludó un viejo que estaba agonizando.—Hasta la vista!

Llegamos al patio, donde pude ya respirar, y esto me repuso, pero no gocé mucho tiempo del aire libre, porque me estaba esperando en el otro patio un carruaje tirado por caballos de posta, y reconocí que era el mismo que me trajo; una especie de coche oblongo, dividido en dos secciones por una reja transversal de alambre, casi tan espesa que parecia hecha de punto de media. Cada seccion tiene una portezuela, la primera delante y la otra detrás del carricoche, cuyo conjunto estaba sucio, negro y polvoroso.

Antes de sepultarme en esta tumba de dos ruedas lancé una ojeada al patio, una de aquellas ojeadas de desesperacion, ante las que parece que deberian hundirse las paredes. El patio, especie de plazoleta plantada de árboles, estaba más lleno de gente que el dia que se marcharon los galeotes.

Como el dia que estos partieron, caia lluvia fina y fria, lluvia de la estacion, como está cayendo aun á la hora en que escribo, que durará quizás todo el dia, acaso más que yo.

Los caminos estaban inundados y el patio lleno de lodo y de agua; me complació al menos ver que el gentío se mojaba y se ensuciaba de barro.

Subieron el escribano y un gendarme en el compartimiento de delante, y el sacerdote, yo y otro gendarme en el otro. Iban cuatro gendarmes á caballo alrededor del carruaje; de modo que, sin contar al postillon, habia cuatro hombres para custodiar á uno solo.

Al subir oí decir á una vieja de ojos grises, que estaba cerca de mí, estas palabras: "Prefiero ver esto á la cadena de los galeotes."

Y tenia razon; es este un espectáculo

que se abarca con una sola mirada, con más facilidad y se vé más pronto, es más bello y más cómodo. Nada distrae al espectador, porque no vé más que á un hombre, y en él tanta miseria como en todos los forzados juntos; únicamente la escena está menos repartida; es un licor concentrado, por eso es más sabroso.

El carruaje echó á andar, resonando sordamente al pasar por debajo de la bóveda de la puerta grande; después desembocó en la avenida, y los pesados portones de Bicetre se cerraron tras él. Me sentia conducir con estupor, como el hombre que cae en un letargo, que no puede moverse ni gritar, y que oye que le están enterrando. Oia con vaguedad los cascabeles suspendidos al cuello de los caballos de posta sonar con cadencia y conservando el tiempo, las ruedas de hierro rechinar sobre las piedras ó herir la caja al cambiar de carril, el galope sonoro de los gendarmes alrededor del carruaje y el ruido del látigo del postillon, y me parecia que un torbellino me arrebatava.

Por entre los hierros que cruzaban un agujero abierto á un lado del coche se fijaron mis ojos maquinalmente en una inscripcion grabada con grandes letras sobre la puerta principal de Bicetre; decia: *Hospicio de la vejez*.

—Parece, me dije, que hay gente que envejece aquí. Y como acontece entre el sueño y la vigilia, yo daba vueltas en todos los sentidos á esta idea en mi espíritu entorpecido por el dolor. De repente, al pasar el carruaje desde la avenida al camino real, se cambió el punto de vista de la ventanilla. Distinguí las torres de la iglesia de Nuestra Señora, azules y medio borradas por la neblina de Paris, y tambien de súbito cambió el punto de vista de mi espíritu; quedé convertido en máquina, como el carruaje. A la idea de Bicetre sucedió la idea de las torres de Nuestra Señora.—Los que estén encima de la torre en que está colocada la bandera disfrutarán de gran vista, me dije sonriendo con estupidez.

Entonces creo que fué cuando el sacerdote volvió á dirigirme la palabra. Le dejé hablar sin interrumpirle ni entenderle, pues su voz heria mis oidos como el galope de los caballos, el ruido de las ruedas ó el látigo del postillon; era para mí un ruido más.

Escuchaba silenciosamente aquella cascada de palabras monótonas que adormecian mi pensamiento como el

murmullo de una fuente y que pasaban ante mí siempre diversas y siempre las mismas, como los torcidos olmos del camino real, cuando la voz aguda y ágría del escribano, que iba delante, vino á sacarme de mi abstraccion.

—Y bien, señor abad, dijo con acento casi alegre; qué sabeis de nuevo? Y se volvió al sacerdote al hacer esta pregunta.

El capellan, que hablaba sin cesar y que además le interrumpia el ruido del carruaje, no le respondió.

—Señor abad, gritó el escribano, levantando la voz hasta sobrepasar al ruido de las ruedas. ¡Qué vehículo tan infernal!... ¿Sabeis la gran noticia que circula hoy en Paris?

Me estremecí creyendo que se ocupaban de mí.

—No, le contestó el eclesiástico, que por fin le oyó. No he tenido tiempo esta mañana para leer los periódicos; los leeré esta noche. Cuando paso el dia ocupado como hoy, le encargo al portero que me los guarde y los leo al volver á casa.

—Bah! repuso el escribano; es imposible que no lo sepais. Debeis saber la noticia de esta mañana.

Yo tomé la palabra y dije:

—A mí me parece que la sé.

—Vos! exclamó el escribano mirándome; esto sí que es particular. ¿Y qué os parece?

—Me parece que sois curioso, le contesté.

—Y por qué? replicó el escribano. Cada cual tiene su opinion política; yo os estimo lo suficiente para creer que teneis la vuestra. Yo profeso la opinion de que debe restablecerse la Guardia nacional; yo fui sargento de una compañía y me gustaba mucho la ocupacion militar.

—No creia que se trataba de eso, le contesté.

—¿De qué, pues... ya que decís que sabeis una noticia?

—Hablabas de otra, de la que tambien se ocupa Paris hoy.

El imbécil no me comprendió; al contrario, desperté más su curiosidad.

—Otra noticia? ¿Dónde diablos podeis haberla adquirido? Decidnos cuál es; ¿la conoceis, señor abate? ¿Estais más al corriente que yo? Enteradme, os lo ruego. De qué se trata? Ya sabeis que me gustan las noticias; se las cuento al señor presidente y le divierten.

Ni respondia el sacerdote, ni yo con-

testaba más que levantando los hombros.

—Pero hombre, ¿en qué vais pensando, pues?

—Pienso, le respondí, que esta noche ya no pensaré.

—Ah, era eso! replicó. Vamos, estais demasiado triste. Castaing hablaba.

Después de un momento de pausa continuó:

—Tambien acompañé á Papavoine: llevaba puesta una gorra de hule y se fumaba un buen cigarro. Los sargentos de la Rochela hablaban solo entre ellos, pero hablaban.

Hizo otra pausa y prosiguió después:

—Eran locos entusiastas! Parecia que despreciaban á todo el mundo; pero á vos os veo verdaderamente pensativo, joven.

—Jóven! le contesté yo; soy más viejo que vos; cada cuarto de hora que pasa me envejece un año.

Se volvió hácia mí, mirándome con admiracion estúpida, y luego, riendo, me dijo:

—Vaya! quereis chancearos? Podria ser yo abuelo vuestro.

—No quise chancearme, le respondí con gravedad.

—No os incomodeis ni me guardeis rencor; tomad un polvito, me dijo, presentándome abierta la tabaquera.

—No os podria guardar rencor mucho tiempo, aunque quisiera.

En este momento la tabaquera que me ofrecia tropezó con el enrejado de hierro, y á impulso de un violento vaiven del coche cayó á los piés del gendarme, derramándose en el suelo su contenido.

—Maldito enrejado! gritó con malhumor el escribano, que añadió, volviéndose hácia mí:

—Soy muy desgraciado! ¡Todo el tabaco se me perdió!

—Más perderé yo que vos, le respondí sonriendo.

Trató de recoger la parte que pudo de los polvos derramados, murmurando entre dientes:

—Sí, más que yo! Eso es fácil de decir; ya no podré tomar polvo hasta que vuelva á Paris; eso es terrible!

El capellan le dirigió entonces algunas frases de consuelo, y no me atrevo á decir si fué ó no preocupacion mia, pero me pareció que eran la continuacion de la exhortacion que antes empezó á dirigirme á mí; poco á poco entablaron conversacion seguida el sacerdote y el escri-